

¡Es la desconfianza, estúpidos!

ANÁLISIS

Felipe Iruarrázabal



PARTO MAL. LO SÉ. DIFÍCIL REMONTAR EN CONFIANZA ECHANDO MANO A LA ESTUPIDEZ. Pero en nuestro mundo político todos están gritando en coro —en un ambiente eléctrico—, a propósito de los cincuenta años del golpe de Estado. Gritos de sordos, declaraciones de sordos. Así que gritar más fuerte puede ser un recurso desgarrador para intentar ser escuchado. Además, esa frase es prestada en parte, porque la original se refería a la economía.

Ahora me pongo serio. La confianza sirve para reducir la complejidad del futuro y su connatural incertidumbre. La desconfianza impide al Estado y sus organismos desplegarse y congela las actuaciones de los privados. Tanto la democracia como la economía se construyen a partir de la confianza.

La apertura total de lo que viene se limita por la vía de contar con que los sucesos del mundo o las acciones de otros se desarrollarán de acuerdo con ciertas generalizaciones que hemos construido a partir del presente y del pasado (Krause y González, 2016). Y eso requiere cierto acuerdo sobre los hechos gruesos y un compromiso serio de evitar errores pasados. Aunque arriesgada, la confianza es necesaria y urgente para posibilitar las decisiones y la acción en un mundo cada vez más abierto, cambiante y complejo.

La confianza se va alimentando paso a paso, y es un esfuerzo permanente el que subsista. Difícil lograr confianzas y fácil perderla. Como decía un director del Banco de Inglaterra: “La confianza llega a pie y regresa en Ferrari”.

David Johnston, exgobernador general de Canadá, escribía el 2018 que “la confianza mutua, que se ha ido construyendo y fortaleciendo a lo largo de generaciones, nos ha dado la capacidad de resistir a muchas tormentas políticas y económicas sin recurrir al nivel y la persistencia de la violencia que ha desgarrado irrevocablemente a otros pueblos y naciones. Somos una nación de evolución y no de revolución”.

Johnston nos precisa —sí sé, suena a autoayuda, pero este tema se presta para eso— ciertas maneras para ir

construyéndola. No manipular ni engañar y atenerse a los hechos y a la verdad. Ser honesto consigo mismo. Escuchar y tener empatía. Ser consistente. Mirar el largo plazo. Hacer lo correcto y no solo las cosas bien. Elevarse por sobre las reglas escritas. Ser empático y tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros. Actuar en primera persona plural. Buscar siempre espacios de cooperación. Depender de quienes te rodean y confiar en las habilidades de los demás. Y, por cierto, disculparse de los errores.

“No queremos guerras civiles ni golpes de Estado, y menos atropellos flagrantes a los derechos humanos por parte del aparato estatal, como ocurrió durante la dictadura. Tampoco queremos gobiernos que infrinjan leyes y constituciones —como si fuesen “torniquetes” que se puedan libremente sortear—”.

La OECD publicó el año pasado una encuesta que cubre a 22 países sobre la confianza en las autoridades. Encontró que los jóvenes, personas con poca educación o con bajos ingresos reportan bajos niveles de confianza y que, en promedio, se confía más en la policía que en los congresos nacionales o los partidos políticos. Chile se está sumando a esta iniciativa y nuestros resultados, comparados con los países de la OECD, se podrán ver en los próximos meses.

Un académico colombiano, Mauricio García, publicó este año un libro sobre los viejos malestares del nuevo mundo. Se refiere a las emociones tristes que imperan

en Latinoamérica, entre las que destaca la desconfianza y su conexión con la envidia. Lo cito: “la desconfianza y la envidia se atraen porque la mala imagen del otro está hermanada con la creencia de que nada en él es merecido. En cada una de ellas hay algo, o mucho, de la otra: en la envidia hay un piso de desconfianza y en la desconfianza hay un techo de envidia. Y cuando la envidia no encuentra alivio, por no ver al otro en desgracia, produce resentimiento”. Estas emociones tristes terminan engendrando odios, rencores y sed de venganzas. De ahí a la violencia hay un paso.

Basta de pasear y volvamos a Chile. No creo que tenga sentido aislar eventos concretos, como si fuesen sucesos espontáneos, que surgen de la nada. Hablar con honestidad —descarnadamente— del II requiere articular sus causas. Si queremos evitar cualquier intento futuro para trizar la democracia —como el estallido de hace cuatro años—, también tenemos que mirar los procesos que lo gatillan.

Creo que los ciudadanos a pie no queremos guerras civiles ni golpes de Estado, y menos atropellos flagrantes a los derechos humanos por parte del aparato estatal, como ocurrió durante la dictadura. Tampoco queremos gobiernos que infrinjan leyes y constituciones —como si fuesen “torniquetes” que se puedan libremente sortear— y que se comporten consistentemente de manera torcida, irresponsable y abusiva. Quizás haya que empezar por casa, para entender qué pasó en Chile y por qué tenemos esa tendencia a “jodernos”, en vez de esperar algo sensato del Congreso, los partidos políticos y el gobierno de turno. Pedirles a nuestros abuelas y abuelos que les cuenten a sus nietos qué pasó, por qué, cómo les afectó a ellos y sus familiares y qué reflexiones les dejaron los eventos dolorosos de los setenta y ochenta.

¿Podremos en algún momento abandonar esa pulsión ancestral —viveza criolla y ladina— a avivar la desconfianza, en vez de entrar a exigir y autoerigirnos una mirada más inteligente, omnicompreensiva y empática?

¿O estaremos condenados a seguir presenciando más celebraciones del II con aires de pelea de curados de fonda rural?